



Alonso Zamora Vicente

# **En el huerto**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Alonso Zamora Vicente

## En el huerto

Vuelvo a ver la mañana de sol, Vistillas abajo, camino de la estación de Goya. Vamos a pasar el día, o varios días, al campo, en el huerto de papá. Elisa no se cansa de dar recomendaciones, cada ocurrencia, que si los libros de Paco, que si las zapatillas viejas, a ver quién va a llevar esta bolsa, y Dorotea y Fernando cargados a no poder más, y Miguel que no quiso llevarse estas cosas en la moto, y no me rompáis ese tiesto, y mi padre con sus tijeras de podar recién compradas, una marca alemana, tengo ganas de probarlas, unos pasos delante, yo con él. Los churros del Puente de Segovia, si se habrá marchado el tren, tú crees que tendremos sitio, qué fastidio si le da por llover.

Humo del trenecillo, lavanderas en el río, polvo, solares, huertas pobretonas, un vago sabor a sueño [62] mutilado, ruidos de vagonetas, de carretillas, sol, ese trajín de una estación pequeña en día de fiesta. Y no te asomes a la ventanilla, mira a ver si está bien cerrada la portezuela, faltan tres minutos y papá no llega, qué capricho de periódico, ir a comprarlo ahora, él tiene los billetes de todos, no manches el asiento, pon los pies en el calorífero, y el tirón del arranque, cuando a Elisa se le vuelca siempre algo, pobre Elisa, con cada ocurrencia, y Fernando cuidadoso del pantalón, planchado entre los colchones, y el brillo de los zapatos, que le hace andar despatarrado, dice Miguel que como el tío del Michelín.

El viaje es corto. Cuando llegamos, desde la estación se ven ya las copas de las acacias; el tejado de la casa, siempre hay algún desperfecto en la tapia o han entrado a robar. Mi padre lo observa todo, lo mira todo, ojeada íntegra desde la entrada, y reconoce casi el paso de una brisa, de un insecto. Nos agrupamos todos para abrir la puerta, oír ese chirriar donde se guardan la noche y la lluvia, empujar la media hoja sobre las hierbecillas renovadas, y entrar. Se hace un silencio en la memoria al abrir la puertecilla, tiembla el número 26 pintado de verde en la cima, y un bando de pájaros sale, susto rápido, de los árboles. Nos descargamos de todos los chismes, y vamos poco a poco viendo todo, árbol por árbol, estudiando el progreso de cada planta desde el último domingo. En la tapia larga, ya saltan las glicinas sobre el vecino, grandes, [63] olorosos ramos de morado azul. Abajo, la madreSelva quiere brotar y lanza ya en promesa su aroma, tendrá más flores que el año pasado. Las hortensias, cuajadas de moños, aún sin color, cuándo abrirán, ésta era la azul, qué bien, cuántas yemas tiene, y la otra tapia cubierta de dalias y malvones, ya tienen algunas, para el mes que viene no podrán los tallos con tantas, y hay que ver los rosales, esta rama herida, habrá entrado algún animal. Y hay un perfume agolpado, encendido, de día bueno, inmóvil tranquilidad absoluta, toda rosal y cielo solos, mientras mi padre arregla la rama maltrecha. Las celindas, junto a la ventana, se vuelcan, una blanda lluvia blanca, silencio purísimo de sus hojas sueltas y cayendo, quita esas hierbecillas de ahí abajo, es grama, habrá que rozar este cuadro. Cómo crece el jazmín de la esquina, un jazminero blanco, lo trajeron de Extremadura, no creíamos que fuera a prender en este frío, y qué hermoso está, y todos miramos al jazmín buscando algo extraño, milagro inesperado, algo

que no es planta ni flor, sino jazmín, tesoro prohibido. Y vamos a los lirios, junto al caminito central y al borde de la alberca, espadas verdes y flores amarillas, blancas, moradas, y siempre mi padre me hace un pito con lo tierno de un gladio, y mira qué venas tiene éste, y no lo pises, hoy regaremos este lado, habrá que cortar esas margaritas, y me quedo, vacilante, en el borde de un ribazo, mientras mi padre se agacha cuidadoso y acaricia una ligera pelusa verdeante, [64] apenas renacida, diciendo palabras oscuras, miosotis, albahaca, heliotropos, campanillas, crisantemos, tulipanes, narcisos, un delicado plumón indistinto, húmedo, que va colocando en tiestos, latas, éste para ti, le llevaremos ese alhelí a la tía Marina, las siemprevivas se han helado, esta Elisa se cree que sólo hay claveles en el mundo, y muchas veces cuando llegue mayo. Y aquí está de nuevo mi caluroso respeto por la hierbecilla aquella, la que no es hierbecilla, sino nombres raros, que no se puede pisar, ni tocar, que casi el agua de la regadera le hace daño.

Mi padre se quedaba toda la mañana cuidando sus árboles. Podaba, injertaba, quitaba hierbas, aporcaba, repartía basuras, enderezaba el poste caído de la valla de atrás, sujetaba los alambres y las cuerdas del lavadero, entramaba las guías de la enredadera... La parra del cenador, las higueras, el melocotonero, los albérchigos, los manzanos, los perales, el granado de mi tiempo: para todo tenía un instante, un hueco, una fresca solicitud. Los chicos andamos trajinando. Recogemos piedras lisitas y de colores para arreglar el suelo de los caminos, las apelmazamos con un martillo, ya nos comprarán cemento. Elisa pasa siempre cuando estamos trabajando, y una vez y otra, y dice que hagamos tal y cual dibujo, y que si un jarro o una flor, y que si no sabemos hacer más que círculos y cuadros, y que si patatín y que si patatán, y Miguel dice que es tonta, y qué cosas tiene, y que no hace falta [65] mandar tanto, y qué se ha creído, y ella grita y dice que se lo va a decir a papá, y que siempre la están insultando, y yo creo que no, y que es verdad que pasa mucho y que no somos malos. Un poco antes de comer, vamos todos juntos a ver la última flor del almendro, mantenida, sola, aislada en el árbol ya cubierto de hoja, y me da miedo de que se vaya a caer delante de todos, de vergüenza, todos bizcos al mirarla de cerca.

Por la tarde se llena la balsa. Paco y yo nos relevamos en la bomba. En la pared de dentro hay unas rayitas rojas que indican el agua que hace falta según lo que se vaya a regar luego. A la tardecita, el agua corre, inundándolo todo con su voz estremecida de hondura, de gracia, espejeante, frágil a los lengüetazos de la azada que abre y cierra surcos, una frescura creciente, como una sombra diluida que deja entrar el desvelo sin ansia, una dicha profunda. Agua corriendo, voces para guiarla, mi padre apoyado en su azada y esos pájaros chillones, ahora, en la planicie increíble del recuerdo, sobre un cielo plácido, noche próxima, los dondiegos ya cerrando.

Domingo, días de fiesta en el huerto de Campamento, tracatrá de la bomba, canto de sapos por la noche, nosotros subiendo al olmo del centro a todas horas, qué imposible distancia. Su memoria más viva es la de aquel otoño que hubo un trocito de azafrán, flor delicada y suave al amanecer, vulnerable alfombra morada, a media mañana destruida. [66]

Todos los vecinos acudían a verlo, a palpar temerosos cómo se endurecían las hojas con el sol, y hay que ver, tan pequeña y tan cara, qué bonita, cuánto trabajo da. Fue aquel otoño en que también hubo crisantemos, blancos, amarillos, con su aire estúpido, despeinados bajo la lluvia, los crisantemos que, cuando volvíamos por la noche al tranvía, bordeando las charcas, se quedaban en el cementerio de Carabanchel, donde estaba enterrada mi madre, todos nosotros un poco bobos, como si no nos diéramos bien cuenta de la dura distancia a que su cuerpo vivía, Elisa lloriqueando, cada ocurrencia, y mi padre me lleva de la mano,

sus tijeras de podar ya usadas, y, arrastrándome, las llevaremos a afilar, parece que son buenas, alemanas, una gran desgana transparente asomándole en los ojos, como un resplandor, y ya una estrella arriba.

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

